



Año XLII

Orihuela 1 de Agosto de 1924.

Núm. 984

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA.

Estudio interesante

—Créame Vd. D. Cosme; el hombre es el más desgraciado de los enfermos; porque es un enfermo que no quiere curarse; y no quiere curarse por no tragar las píldoras que le prescribe el médico celestial.

—¿Y qué píldoras son esas?

—Las de la adversidad.

—Es decir, que usted cree que la adversidad es necesaria para curar al hombre.

—Como creo que es necesaria la quinina para curar tercianas.

—¿Y por qué?

—Porque siendo toda enfermedad un desorden introducido en la naturaleza, es preciso hacer violencia a esa naturaleza para que las cosas vuelvan a su lugar.

Y lo que sucede en el cuerpo sucede en el alma. Así se explica por qué el *irracundo* necesita un zapato a su medida que le agache los humos; y el *sensual* que la enfermedad lo aflija para apartarse de sus lujurias, el *peregrino* que la miseria lo espolee y le sacuda la galvana; y el *avaro* que lo atosiguen las penas para sanar de su codicia, y el *vanidoso* que le chafen la guitarra para que se le desvanezca el orgullo.

—Pero ¿estas pasiones no son naturales en el hombre? ¿No es natural que el hombre apetezca el dinero que le proporciona el bienestar, y los placeres que dan expansión a su espíritu y...?

—Sí; como también es natural el comer. Pero del abuso del comer viene la indigestión y después tiene que venir la dieta. Desengáñese usted D. Cosme, desde que Adán y Eva comieron manzanas, comiendo el primer abuso, o sea el primer pecado toda su descendencia quedó enferma

y tiene que purgarse. Este es el secreto de las penas. El hombre no puede tener salud sin curar sus enfermedades y no puede curar sus enfermedades sin adietarse hasta en los goces más legítimos y sin tragar las amargas medicinas que le envía el médico divino, único que puede sanarla. De aquí el remedio de la penitencia cristiana y la dieta de la mortificación que tanto hace reír a los sabios de hoy.

—¿De manera que usted es de los que opinan que el padecer es la puerta del gozar?

—Justamente: lo ha dicho usted de un modo admirable. El padecer es la puerta del gozar. Ahí está el *quid* de toda la filosofía de la vida. Desdichado aquél que no la aprenda.

Y si no que lo diga, por ejemplo, el padre de familia que por no sugatarse al trabajo, se ve privado del pan de sus hijos.

Y el obrero que por no dejar la taberna, se ve privado de paz y de salud.

Y hasta el estudiante que por no sacrificar sus placeres en aras del estudio, se ve privado del fruto de una carrera.

En una palabra; que lo digan todos los hombres habidos y por haber que por no sembrar a tiempo la semilla del sacrificio, se ven privados del fruto de la felicidad.

—Había usted como un libre, amigo mío; pero... aún pregunto yo: ¿no habrá en eso algún error? porque, francamente si en esto nos equivocáramos habríamos hecho un negocio desdichado.

—D. Cosme, no tenga usted miedo; en este punto no es peligrosa la errata.

—¿Por qué?

—Porque aunque no aceptemos la teoría, de todos modos en la práctica tenemos que tragar las píldoras. Por

consiguiente, más vale tragar las penas con paciencia, que no patear como un condenado y escupirlas de a boca, exponiéndonos a quedarnos con el mal gusto y con la enfermedad.

Adolfo Clavarana y Garriga.

En el corro de los filósofos

—Confieso que los sabios de hoy se acercan a Dios y hablan en cristiano.

—Es que el racionalismo acaba.

—¡Acaba! ¿Quién lo había de imaginar? ¿Qué se hizo de nuestros sabios?

—Murieron ya.

—Murieron los cuerpos; viven las doctrinas.

—Las doctrinas, sus doctrinas racionalistas, que un día hicieron vibrar tras su brillante apariencia a la juventud estudiosa no sólo han muerto, están sepultadas.

¿Quién se acuerda de Fichte? ¿Quién del *absoluto desconocido* de Schelling? ¿Quién de la *idea nada* de Hegel? ¿Quién de la *selección natural* de Darwin?

—Hasta a mí, discípulo de ellos, me parecen raros esos nombres y extrañas esas doctrinas!

—Esos sabios y esas doctrinas han tenido el castigo de toda altanería de espíritu que se engríe contra la ciencia de Dios.

—¡El castigo del olvido y del desprecio!

—Que es el castigo propio de todo necio que ha dicho: ¡No hay Dios!

A. Hernan.

Quando haya leído este periódico, no lo tire ni lo rompa: délo a leer.

HISTÓRICO

En la vida escondida de los pueblos se desarrollan escenas edificantes y se realizan actos de virtud que el mundo desconoce porque sus personajes no brillan con la luz oficial de altos empleos ni están revestidos con la aureola ficticia de los grandes.

El año 18 fué prodigo en ejemplos.

En un rincón de esta hermosísima vega del Segura ejercía su cargo de Coadjutor un sacerdote joven que vivía sólo con su madre viuda.

Era huérfano desde pequeño.

Con grandes sacrificios pudo terminar su carrera y llegar a la suspirada cumbre del sacerdocio.

Para el venturoso día de su Misa primera se hicieron los supremos esfuerzos agotando casi los pequeños recursos de su reducida hacienda. Por bien empleado lo daba su madre. Su hijo ya era sacerdote y la felicidad inundaba su semblante.

A los pocos días el Sr. Obispo le ofrecía el primer cargo que aunque humilde era campo suficiente para desplegar su ardiente celo por la gloria de Dios que hablale mostrado repetidas veces los infinitos senos de sus divinas misericordias.

Todo ello fué cuando arreció la «grippe».

Trabajó sin descanso porque desde el principio amó en el Señor a las almas que le habían confiado.

Enfermó.

A las doce de una noche oscura de invierno, en que el viento azotaba con fuerza los cristales, se iluminaba con estrépito el cielo encapotado a la luz terrible de las descargas eléctricas y una lluvia copiosa y arremolinada hacía imposible el cruzar las calles, sonaron fuertes golpes en la puerta del Sr. Vicario.

Estaba en la cama con fiebre. A su cabecera su madre velaba solícita y triste rezando a la Santísima Virgen de Monserrate por la salud de su hijo. Se levantó para abrir. Era lo que temía y sospechaba: venían en busca de los auxilios espirituales para un moribundo...

—¿No hay quién vaya?—interrogó el enfermo.

—No, señor.

—Pues voy enseguida, añadió con presteza.

.....
 Cuando el heroico sacerdote marchaba con paso vacilante en dirección a la parroquia, su madre enloquecida por el dolor pedía entre sollozos de agonía la fortaleza sobrehumana que era necesaria para vencer en la prueba durísima a que estaba sometido su ya herido corazón maternal.

.....
 A la semana siguiente, una excepción, doblaban las campanas tocando a muerto.

Eran los funerales por el Sr. Vicario.

Junto al altar mayor una mujer lloraba sin consuelo: su madre.

Enfrente, un hombre alto y seco, enjugaba con el revés de su mano, alguna furtiva lágrima; estaba rezando por el eterno descanso de aquella hermosa alma que voló al cielo por no querer, abnegada, que él muriese sin el auxilio de lo alto en aquella traidora enfermedad que podía ya contar como pasada.

.....
 Querido compañero: Desde el cielo sin duda alguna me estás mirando.

No estampo aquí tu nombre porque tu madre vive y con facilidad leería esta su terrena desgracia; no quiero abrir más la llaga incurable que tu tránsito a la otra vida le ocasionó. Sólo es mi deseo poner sobre la losa de tu sepulcro una florecilla humilde que perfume tu recuerdo para que sirva en nuestros días de variedades verbales y promesas vanas, como ejemplo vivo y elocuente enseñanza.

López MONERRIS

Cuadros del cine

I

Eso: hombres de cara adusta y de mal ceño, inclinados sobre una mesa, estudiando mil combinaciones bacteriológicas, son sabios rusos que han recibido de su gobierno el encargo de estudiar la manera de emplear

los microbios del cólera y de otras mortíferas pestes en las guerras futuras.

De la realidad de este cuadro es prueba el «Daily Telegraph», periódico inglés, cuyo corresponsal en Riga dice que la Sociedad de Amigos de la defensa química en cooperación con las autoridades militares soviéticas ha formado una «Sección de guerra bacteriológica», que en breve hará ensayos de bombas llenas de microbios del cólera y estudiará la aplicación de la bacteriología a las guerras modernas.

Mirad por todos los contornos de la sala: No hallaréis ningún signo religioso.

¿Significan estos hombres progreso o retroceso?

Poned la mano en vuestro pecho y contestad.

¿Que no conseguirán nada? ¡La intención basta!

II

Esa manifestación en la cual una muchedumbre inmensa vitorea a un anciano que sale apoyado en los hombros de dos caballeros, arrastrando penosamente los pies, mas sonriente y jovial, saludando a una y otra parte, es la inmensa muchedumbre que en Viena aclama a Monseñor Seipel, el ilustre Canciller Obispo que ha salvado de una terrible hecatombe a Austria.

Una mano facinerosa le hirió, porque.... habla hecho el bien.

El pueblo le aclama por eso, porque es bueno.

Cuando había hambre, conjuró el hambre.

Cuando reinaba la muerte, buscó para su pueblo la salud y la vida.

Cuando le hirieron, todo Austria lloró su herida, como hecha en el propio cuerpo de cada austriaco.

Hoy que sale casi restablecido Austria entera se alegra como si se hubiese salvado un miembro de la propia familia.

¿Este hombre, señores, significa retroceso o progreso?

¡Progreso, amor y cultural!

Miradle: lo primero que salta a la vista es un signo cristiano sobre su pecho: ¡la cruz!

L. Almarcha

Solamente la religión eleva verdaderamente al hombre.

CASOS Y COSAS

Entre los *casos* de esta quincena hay uno oriolano que merece ser notado y es el triunfo de la acción católica conseguido por la Federación de Sindicatos Agrícolas Católicos de esta Diócesis que después de largos trabajos ha conseguido la redención de siete o más pueblos convirtiéndolos de campos secos y áridos en extensa y fertilísima zona regable.

Cuando las esperanzas se iban desvaneciendo, la Federación por comisión del Prelado tomó a su cargo la difícil empresa y acaba de coronarla resueltas todas las dificultades. Y las ha resuelto en la parte económica—¡cosa extraña en España!—sin acudir al Gobierno en demanda de auxilios, le ha bastado la fuerza económica de los labradores que han dado su responsabilidad a un Banco que ha prestado todo el dinero necesario para las obras de canalización y elevación de aguas.

Cada vez que los labradores vean la lozanía de sus campos recordarán que la gran obra regeneradora ha sido hecha en nombre de Dios y con el apellido de católica.

—¿Y de política, qué?

—Pero, amigo mío, ¿es que existe aún la política?

—Crees que se han muerto los políticos?

—Muertos y sepultados.

—¿No ves como se mueven?

—Es buscando el fresco de las playas.

—Van a formar el frente único.

—¿Cómo lo sabes?

—En secreto.

—Pero ¿crees que son capaces de formarlos?

—¡Ah, sí! ¿Y tú?

—Ah, no!

—¿No tendrán valor para alinearse?

—¿Cómo han de tenerlo si durante un siglo de mando no aprendieron más que a chillar contra frailes, curas y monjas que es gente que no gasta espadas ni fusiles?

—¡Pues se alinean en el frente único!

—Pero ¿crees tú que aunque ellos, en un momento en que se sintiesen *farrucos*, fueran capaces de alinearse el pueblo español sería *capaz* de seguirlos?

—¿Y por qué no?

—Ah pues porque no se ha olvidado de lo mal que lo hicieron mandando y de lo gallinas que fueron corriendo.

Primo de Rivera ha ido a Santiago de Compostela a hacer la ofrenda anual al Apóstol Santiago.

Además de la rica ofrenda acostumbrada, el Presidente del Directorio ha hecho al Patrón de España el ofrecimiento de su vida.

¡Cuan elocuentemente vibró la palabra del General ante el venerado sepulcro!

La grandeza espiritual que se respira ante aquellas santas reliquias rememorando los pretéritos gestos heroicos del invicto pueblo español puso en labios de Primo de Rivera palabras caballerescas de hondo sentir cristiano.

¡Que el santo patrono de España haga de nuevo triunfar la cruz sobre la morisma!

El Congreso Encarístico de Amsterdam ha constituido una esplendorosa manifestación de fe. Más de quinientas mil personas acudieron a recibir al delegado del Papa Eminentísimo Cardenal Van Rossum. Los vitores se sucedieron sin interrupción desde las empavesadas embarcaciones que le esperaban en alta mar hasta que en la Ciudad se retiró fatigado a descansar.

Los actos del Congreso han revestido extraordinaria solemnidad y quedará de ellos perpetua memoria no sólo en la populosa ciudad sino en toda la nación holandesa.

El triunfo de la Encaristía ha sido, como siempre, resonantísimo y producirá fruto copioso no solamente entre los católicos afirmándolos en la fe sino también entre los protestantes muchos de los cuales volverán al redil del Buen Pastor.

Un periódico ruso intitulado «Izvestia» dice que los obreros parados

en Moscú ascienden a un millón trescientos mil.

Acosados por el hambre cometen mil tropelías que luego les cuestan la vida o la libertad en los inhumanos tribunales soviéticos.

Según el referido periódico uno de los mayores males, efecto de esa paralización del trabajo es la desmoralización de la mujer, de cuya pobreza abusan los dominadores bolcheviques.

El cuadro es terriblemente desconsolador y prueba hasta que punto llega la degradación entre los bárbaros que abominan del Evangelio.

A. H.

¡Bienaventurado los pobres de espíritu!

CUENTO

El señor, con ojos tristes y aburridos contempla, desde su magnífica galería de cristales, el jardín, que es un prodigio, como un prodigio son los salones inmensos de la casa.

Mas el señor se aburre en ellos, y ahora con ojos tristes contempla el jardín.

Los alza luego, y mira indiferente la alera de ventanillas, humildes y pequeñas que, sobre el tejado, se abren allá arriba. Y una de ellas, una ventanita blanca y llena de verdor, atrae con insistencia sus miradas.

Es un diminuto jardín colgante, no tan maravilloso—¡claro está!—como aquellos famosos de Babilonia pero tal vez más alegre, más amado, más íntimo.

¿Cómo podrán caber tantas macetas en tan poca ventana?

Y por la costumbre de mirar hacia aquel sitio un día y otro día, el señor pudo hacer el enorme esfuerzo de preguntarse quién vive allí.

Debía saberlo; eran inquilinos suyos. De aquellas alturas bajaba también un tenue y casi despreciable hilillo de renta pero renta al fin.

—¿Quién vivirá...? Juan el cochero no será; sus ventanas son esas del rincón...

¿Aquella mujer coja que se empeñó en esperarme en el patio para hablarme...?

No; me acuerdo que me dijo que su ventana no daba a este lado... El Administrador sabrá....

Pero no se lo preguntó, no quiso preguntárselo a nadie, sino que—¡oh inexplicables caprichos del tedio!—él mismo se fué a la escalera de los desconocidos y a subir por allá, venga a subir...

Todo el tráfico de la pequeña habitación se condensaba en aquella hora del día.

Mientras su hombre, en el fondo de la alcoba, se lavaba y se limpiaba un poco antes de sentarse a comer, mientras la gente menuda volvía de la escuela, ella, diligente, afanosa iba del hogar a la mesa, de la mesa el hogar.

De pronto sintió llamar a la puerta. No, sus pequeños no eran; ellos no tenían costumbre de llamar tan quedo.

Limpiándose las manos con el delantal, salió a abrir... ¡Cielo santo ¡El amo por aquellas alturas!

—¡Manuel, Manuel! gritó; sal pronto.

Salió Manuel, joven, vigoroso, con su azul trajecillo de obrero.

—Subía a ver vuestro jardín—dijo el señor.

—Nuestro jardín—exclamaron los dos, sin comprender.

—Sí, las macetas.

Y aquel rico que allá abajo poseía un grande y bien cuidado parque que tenía una infinidad de plantas raras bajo los cristales de sus invernaderos que disponía de los mil caprichos de la moda y el lujo, se acercaba ahora ansioso a una ventana para mirar de cerca unas pobres macetas, unas flores que tan sólo se abren cuando los humildes las cuidan y las riegan.

—Dile, Carmen, lo que son—dijo el obrero.

—No valen nada, señorito... ¡Por Dios, qué vergüenza me da que se fijen sus ojos en eso que no lo merece!—exclamó Carmen.—Esto es geranio, esto una clavellina que da clavetes de tres colores, esto es zarza de San Francisco, da flores sin espinas, y ¿ve usted?, ya casi ha rodeado en arco toda la ventana; en esta maceta tengo madreselva, y en esta, albahaca, y en esa que está colgada hay violetas y una enredadera.

El señor contemplaba las flores que allí parecían más brillantes, la luz que lo inundaba todo más cegadora, el cielo que se abría más cegador, el cielo que se abría más profundo y azul; y si volvía sus ojos hacia dentro, veía la habitación como él se la había imaginado, lim-

pia, ordenada, riente, inundada de sol...

—Vivís muy altos...—se le ocurrió decir.

—¿Qué quiere usted?—contestó Carmen.—Los pobres somos como las hierbas que trepan. Necesitamos subir y más subir y más subir para poder vivir... Solo arriba encontramos el sol y el aire que nos hace felices.!

¿Seis felices, pues?—preguntó tímidamente el amo.

Y se calló. No tenía que preguntarlo. Lo veía en aquellos rostros jóvenes y animosos, lo palpaba en aquel ambiente de honradez y de paz.

Se oyeron risas por las escaleras y luego junto a la puerta. Ahora sí que eran.

Eran una niña y dos niños; tres pimpollos; el gozo cumplido

—Saludar al señor—dijo la madre. Y ellos, recelosos, lo saludaron.

—¿Ya venís a comer?—les preguntó el amo.

—Sí señor—contestaron elevando hacia él sus ojos ingenuos.

—Pues no os falta nunca el pan—murmuró el rico.

—Mientras haya salud y trabajo.....—dijo el obrero.

—Mientras haya Dios—rectificó la madre.—El no deja a los suyos... y nuestra vida entera está en sus manos

—Sí, sois felices—habló con voz velada el rico.

Y luego se acercó de nuevo a la ventana, y desde las alturas de aquel diminuto jardín de paz, contempló el suyo grande, soberbio, allá abajo y colgado sobre él las encristaladas y anchas galerías, su enorme jaula de oro... Y le acometió de nuevo la tristeza al pensar que tenía que bajar hasta allí.

Y mientras iba descendiendo por aquella escalera interminable, a medida que iba dejando atrás la luz, se le iban ofreciendo a la memoria unas misteriosas palabras que aprendió de niño en el colegio, palabras que jamás entendió y que ahora—¡cosa más rara!—se le ocurrían sin saber como ni porqué.

Y eran éstas: Bienaventurados los pobres... Bienaventurados los mansos... Bienaventurados los limpios de corazón, los limpios...

J. LE BRUN

TRISTE VERDAD

Un día el célebre Arago, explicando al público en el colegio de Francia las grandes leyes de la mecánica celestes, hacía admirar la regularidad del movimiento de los cielos y el orden que preside la marcha de los astros.

De pronto, interrumpiéndose, dijo:

—La semana próxima tendremos un eclipse de sol, visible en París. La luna estará en conjunción con el sol, y la luz del astro-rey le será interceptada a la tierra.

Tal día, pues, señores, a tal hora a tales minutos, a tal segundo, tres grandes astros responderán, no a nuestras predicciones, sino a las órdenes de Dios...

¡En la creación, solo los hombres le son rebeldes...!

Al escuchar estas palabras pronunciadas lentamente, en un tono grave y solemne, un estremecimiento pareció recorrer toda la asamblea.

Solo los hombres son rebeldes a Dios. ¡Que triste verdad!

OBRAS

DE

D. Adolfo Clavaran.

Edición completa

nuevamente ilustrada

Van publicados 9 tomos.

Saldrán unos 12.

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada una, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros, condiciones especiales.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

| | |
|-----------------------|---------------------|
| Una acción... | 4 pesetas mensuales |
| Media id. | 2 " " |
| Un cuarto id. | 1 " " |
| Un octavo id. | 0.50 " " |

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia a D. Diego Castañón administrador de LA LECTURA POPULAR, Bellot 3, Orihuela (Alicante). Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de LA SEMANA CATÓLICA Calle de Zorrilla duplicado.

Imp. de La L. Popular.—Orihuela